

CONCLUSION

¡Dichoso marinero! ¡De qué contrastes tan vivos y grandes se ve salpicada tu vida! Hace poco, calma, sol y un balance tan suave como el que imprime una joven india al acero festoneado de guirnaldas de pommas, que oculta entre sus flores la cuna de su hijo.

(EUGENIO SUÉ, *Atar-Gull.*)

Diez y siete años después de los sucesos que acabamos de referir, es decir, en la noche del 13 de Marzo del año 1833, una larga fila de elegantes carruajes se veía parada delante del palacio de Medina, situado en la hermosa calle de Alcalá de la coronada villa de Madrid.

Los ecos de una brillante música se escapaban por entre los cerrados balcones, y la anchurosa escalera de mármol, alfombrada, profusamente iluminada y adornada con innumerables macetas de flores, indicaba á los curiosos que allí tenía lugar una brillante fiesta.

Era que el Barón de Medina y su esposa casaban aquella noche á su hija mayor Margarita, de edad de diez y seis años, y que retrataba en su

semblante la angélica belleza de su madre, cuyo nombre llevaba, con Adriano de Mendoza, Marqués de Santa Fe, el cual había pasado diez y siete años de su vida recorriendo como artista la risueña y pintoresca Italia.

Toda la grandeza de la corte y las personas más notables en ciencias y artes habían sido convidadas al magnífico baile que seguía á la ceremonia.

En el hueco de uno de los balcones del salón hablaban dos jóvenes.

—Creo que al pintor le ha llovido el marquesado del cielo, querido Vizconde—dijo uno de ellos señalando al novio, que hablaba en aquel momento con una señora cubierta de diamantes.

—Seguramente, mi amado Carlos—contestó el otro;—pero si quiere usted detalles para hablar de él en su periódico, puedo dárselos muy exactos.

—Hable usted, hable.

—Bueno, le contaré algo mientras él galantea á la Embajadora de Inglaterra; y en verdad—añadió conteniendo la risa—que es menester ser en extremo galante para vencerse á dirigir la palabra á semejante mujer. Mirela usted, flaca como un esqueleto, con sus cabellos escasos y amarillentos cubiertos de diamantes... ¿No sería muy justo que arrojase ese tesoro á los pies de esa linda joven que sólo lleva una rosa blanca?

—No lo crea usted, querido—dijo el periodista;—vale más esa niña sin otro adorno que esa flor,

tan linda como ella, que valdría cubierta de perdrería.

—Vamos, ustedes los literatos tienen ideas bien extrañas: prefieren las flores á todo; nosotros los aristócratas estamos tan acostumbrados á los diamantes que no podemos pasarnos sin ellos.

Carlos devoró esta humillante impertinencia, porque, como todos los jóvenes de la clase media que conquistan la amistad de los nobles á fuerza de complacencias, estaba muy acostumbrado á sufrirlas; así, pues, contentóse con decir al Vizconde:

—Refiérame usted lo que sepa acerca del pintor-Marqués.

El orgullo del aristócrata no fué insensible al sacrificio del poeta, que consentía en humillar á otro artista por halagarle á él, y apareció en sus labios una placentera sonrisa.

—Figúrese usted, mi querido Carlos—dijo,—que el esposo de esa preciosa niña de diez y seis años estuvo primero locamente enamorado de la madre, que es aquella angelical figura, vestida de terciopelo azul, y sin más adorno en sus dorados bucles que una diadema de perlas.

—¿Qué dice usted!—interrumpió Carlos absorbo;—si parece más bien su hermana gemela!

—Esas figuras no envejecen jamás: los años resbalan sobre sus frentes castas y poéticas, sin imprimir en ellas la más leve huella de su paso. Pero déjeme usted proseguir: el mundo, que todo

lo escudriña cuando se lanza en su seno un nuevo personaje, dice hoy que el moderno Marqués pertenece á una noble familia, y que una hermana suya estuvo casada con el poseedor del título que él lleva ahora; pero habiendo muerto sin hijos, pasó á otra familia, y un joven libertino y calavera, que lo tenía, lo ha vendido al artista, aunque á muy subido precio, y se ha marchado á disiparlo en Oriente, formándose un serrallo.

—¿Luego el artista es muy rico?

—Calle usted, y déjeme contar las cosas por su orden. La hermosa Margarita, madre de la que acaba de casarse, es aquella joven aragonesa que quiso ser religiosa y á quien la súbita aparición de su esposo arrancó del claustro: bien debe usted conocer el lance, porque fué bastante ruidoso.

—No recuerdo: era yo entonces muy niño.

—En efecto, tampoco yo hago memoria de él; aunque cuento un año más que usted, tengo sólo veinticinco y hace ya diéz y siete que sucedió; pero mi padre, que se hallaba de paso en Zaragoza y lo presencié, me lo ha referido muchas veces. Es el caso que, en el momento de ir á pronunciar los votos, apareció el esposo y se la llevó. La Baronesa, al tomar el velo de novicia, acababa de llegar de Italia, donde sin duda se encontró á ese pintor, porque él, que se consolaba fácilmente viéndola esposa de Dios, estuvo cercano á morir de pena cuando apareció el marido, y se volvió á Italia, donde ha vivido sin duda de recuerdos.

Hace cuatro meses que volvió, se hizo Marqués y se dió al mundo; pero lo más original es que le eligieron para esposo de la joven Margarita antes de ser Marqués y sin que él ofreciese otra cosa que sus pinceles y su paleta; el marquesado vino después que se tomaron los dichos, y se murmura que es el regalo de boda de un protector desconocido, y que este mismo es el que arregló el casamiento.

—Pero el Marqués puede muy bien ser padre de su esposa.

—Es verdad, aunque, diciendo lo que siento, hallo en ese hombre un encanto difícil de explicar... Mire usted esa magnífica cabellera hecha bucles, esos ojos lázuli tan rasgados y melancólicos, esa altiva frente, esa nariz griega y ese rizado y sedoso bigote que apenas oculta el carmín de sus labios y la gracia seductora de su triste sonrisa; ya sabe usted, querido, que en cuanto á belleza soy difícil de contentar; pues bien, aseguro á usted que ese hombre me seduce, que me alegra verle en mi rango y que haré cuanto pueda para ser amigo suyo.

—¿Y ama á la hija como amó á la madre?

—Sí, á lo que parece; observe usted cómo la contempla en este instante: ella está en aquel grupo de jóvenes apoyada en el brazo de su padre... ¿Y qué dice usted del Barón?

—Que es una figura digna del pincel de Tiziano... ¡Qué ojos negros tan soberbios! ¡qué ce-

jas! ¡qué pureza y hermosura en las facciones! ¡qué belleza tan digna y acabada en las formas!... No he visto jamás hombre más hermoso y seductor... ¡Lástima es que tenga esa cicatriz en la mejilla!...

—Eso será efecto de algún lance de su juventud. Contemple usted á sus otros dos hijos: esa niña que tendrá unos trece años, de tez pálida y cabellos castaños, es suya también y se llama Valentina... la elijo por esposa, porque iba á pedir la mano de su hermana cuando fui convidado á su boda. Aquel niño de semblante moreno y ojos negros que está sentado junto á la Baronesa, es hermano de Valentina y se llama Luis; tendrá quince años, y he oído decir que ese piano se ha traído expresamente para que cante una melodía que se titula *El eco de Aragón*...

—¡Bonita diversión, por vida mía!—interrumpió Carlos, haciendo un mohín de desprecio.—Podían haberla suprimido.

—¡Chist!... ya se dirige al piano. Escuchemos. En efecto, el niño se había sentado ya, y los primeros acordes hicieron cesar todos los murmullos del salón; un instante después, su voz pura y melodiosa resonó con las notas melancólicas de la canción siguiente:

Blanca y dulce paloma,
Detén el raudó vuelo,
Y el puro, hermoso cielo
No olvides de Aragón.

Bate hacia allí tus alas
Y encontrarás la dicha;
Aquí sólo hay desdicha,
Pesares y aflicción.

Estrepitosos aplausos resonaron en el salón: aquel canto melancólico armonizaba perfectamente con el metal de voz vibrante y apasionado del cantor. Mas sin duda alguna se había infringido la etiqueta del baile con aquella canción, extemporánea cuando menos, por alguna razón que no estaba al alcance de los convidados, que no veían en aquello otra cosa que un deseo de lucir la extraordinaria habilidad del niño. El que hubiera visto los ojos de Margarita, de Alberto y del Marqués de Santa Fe, fijos en el tapiz que cubría una puerta, se hubiera convencido de que aquel dulce canto tenía un oyente invisible para todos.

El piano restableció de nuevo el silencio y Luis entonó la segunda estrofa:

Vuelve á tu cielo hermoso
Y encontrarás la calma,
Que de tu madre el alma
Por ti velando está...
¡Cándida flor del valle!
Morir aquí es tu suerte;
Y ¿quién ¡ay! de la muerte
Aquí te salvará?

De nuevo resonó otra salva de nutridas palmadas en todos los ámbitos del salón. Luis se le-

vantó, inclinó noblemente la cabeza para saludar y se acercó á su madre, que en aquel momento cambiaba con su esposo una larga y amorosa mirada, mientras que Adriano estrechaba entre las suyas las manos de su joven esposa.

La Baronesa apoyó sus labios en la morena frente de su hijo y le retuvo así largo rato.

—Bien se conoce que esta familia es aragonesa—dijo Carlos;—observe usted cómo se han conmovido todos con esa canción.

—Es que todos son sensibles como los de su país.

—¿Ha estado usted en él?

—Yo no; pero mi padre, que ha permanecido allí bastante tiempo y que ha viajado mucho, asegura que es el país más rico en nobleza y lealtad que ha conocido. En otras partes, dice, hay nobles y plebeyos; en Aragón son todos aristócratas por el corazón. Para quien como usted, mi querido Carlos, conozca la intolerancia de mi padre en este punto, creo que es bastante decir... Pero la orquesta da la señal de un vals—prosiguió el joven Vizconde,—y voy á invitar á la novia... ¡Mire usted cuán divina está con su vestido de moaré blanco, guarnecido de blondas de Milán que sujetan ramos de jazmín!... ¡Mire usted qué cabellos!... los tirabuzones tocan á la cintura...

—Es la copia fiel de su madre—contestó el literato, acomodándose para ver bailar, mientras el Vizconde rodeaba con su brazo la cintura esbelta

de Margarita, cuyos dorados rizos eran, en efecto, tan abundantes y largos, que impregnaban con su perfume el guante blanco del caballero.

En el instante mismo en que la orquesta llenaba el salón con los ecos del brillante vals, una silla de posta salía del patio del palacio; los lacayos, que vestían sus galoneadas libreas de gran gala, bajaron en dos filas alumbrando con enormes hachones de cera al personaje que iba á partir. Era un anciano religioso cuyos hábitos, blancos como la nieve, decían que pertenecía á la orden de Nuestra Señora de la Merced; caminaba penosamente apoyado en el brazo del Barón de Medina y seguido de cerca por Adriano; parecía que habían abatido sus fuerzas, más que los años, los sufrimientos; al llegar á la puerta, abrazó estrechamente á los dos caballeros, y murmuró al oído de Adriano estas palabras:

—¡Por fin... te dejo feliz!...

Y luego, dirigiéndose al Barón, le dijo:

—Abraza en mi nombre á mis Margaritas, Alberto, y haz que no me olviden Luis y Valentina... Diles que he querido evitarles el dolor de esta postrera despedida.

—¡La postrera!—exclamaron los dos á un tiempo.

—Sí, la postrera—repitió el anciano.—Dios me ha concedido vida para bendecir la unión del hermano de Isabel... pero ésta me llama ya desde el cielo.

Al decir esto entró en el carruaje, abrigado por mullidos almohadones, y en cuyas portezuelas campeaba el escudo de la casa de Medina, y dejándose caer en el asiento, alargó por última vez sus manos al Barón y al Marqués... sólo las separó cuando la silla de posta arrancó su violenta carrera.

—¡Hasta la eternidad!...—murmuró débilmente el anciano, y su voz llegó á los oídos de los dos caballeros como una última bendición.

Un mes después doblaban las campanas del monasterio por el padre Ambrosio, muerto en opinión de santo, á los pocos días de haber llegado de un largo viaje.

—¿Y Geraldina?... ¿Y Marcela?

Geraldina casó y vivió muy dichosa con el hijo de Marcela, la cual descendió al sepulcro bajo el peso de sus años, y sin poder conseguir que aquélla pronunciase, como deseaba, la palabra *señora*, cuya ardua cuestión le había causado tan malos ratos.

FIN

ÍNDICE

PARTE PRIMERA

EL RETRATO CON ANTIFAZ

	Págs.
CAPÍTULO I.—La muerte en la vida.....	11
— II.—El moribundo.....	21
— III.—La confesión.....	26
— IV.—Proyectos de venganza.....	35

PARTE SEGUNDA

EL BIENHECHOR

CAPÍTULO I.—Valentina.....	43
— II.—Beneficencia.....	53
— III.—¡A muerte!.....	59
— IV.—Desgracia.....	64
— V.—El Convento de Santa Rosa.....	70
— VI.—El casamiento.....	77

PARTE TERCERA

LA VENGANZA DEL MONJE

CAPÍTULO I.—Dolor.....	87
— II.—La celda del padre Ambrosio.....	97

	Págs.
CAPÍTULO III.—El cautivo.....	104
— IV.—Un paseo en el Retiro.....	111
— V.—Una familia de la clase media.....	118
— VI.—Fatalidad.....	128
— VII.—Adriano.....	134
— VIII.—De potencia á potencia.....	147
— IX.—El abrazo prometido.....	157
— X.—Pasión y lucha.....	166

PARTE CUARTA

LA JUSTICIA DE DIOS

CAPÍTULO I.—Marcela y Geraldina.....	177
— II.—Los recuerdos de un sueño.....	189
— III.—La aparición.....	196
— IV.—La última esperanza.....	206
— V.—La carta de Valentina.....	216
— VI.—La justicia de Dios.....	228
— VII.—La novicia.....	236
— VIII.—El perdón.....	241
— IX.—¡Hermano!.....	248
CONCLUSIÓN.....	257

